

Anonimo

Juan Sebastian Gosso Bonetto



Capítulo 1

Capitulo Primero – Volver

Como todos los de mi pueblo, un día nací. Tenía un padre, una madre, dos hermanos y tres hermanas. En mi casa nunca faltó nada ya que mi padre era comerciante y tenía varias casa de ventas en tantísimas ciudades. Como hermano menor de la familia fui el más mimado y según mi madre el más inteligente. Nunca fui dado al comercio como el resto de mis hermanos, lo mío era más la contemplación, los rezos y las costumbres. Cuando todos supieron que había tomado la decisión de hacerme sacerdote del dios Sol hicieron una gran fiesta que duró tres días y tres noches. En mi casa, donde había más habitaciones que habitantes disfrutaba de un gran espejo y de lo que el me devolvía, las imágenes de un joven con ropas monásticas. Festejé mis últimos días en la casa y al terminar el jolgorio mi decisión era más férrea que nunca, el llegar algún día a tener mi propia iglesia para poder recitar los cantos de mi dios. La vida del monasterio era dura, era levantarse, rezar letanías, estudiar y hacer muchos deberes, para ocupar un puesto, primero había que aprender a obedecer. Mis maestros, famosísimos sacerdotes guerreros o paladines, según la clase, me veían como alguien muy prometedor y yo ponía más empeño en mis estudios y en la marcialidad del uso de mis armas. Nunca fui el mejor en el uso de la espada y el escudo, pero sí lo suficiente bueno para defender a quien se me mandara. La alquimia fue algo que siempre me interesó, fue algo que realmente me llamaba al igual que el uso de hierbas, hongos y hasta de carne de diferentes criaturas como peces, insectos, etc. La iniciación no era algo complicado, una noche de rezos hasta que mi dios me inspirara a tomar los hábitos.

Lo complicado del rito era el ayuno y muchos sabían desfallecer o darse por vencidos, yo no, yo sería sacerdote lo antes posible y para ello me prepare. ¿Y cuál fue mi preparación especial? Pues es algo simple de explicar. Un día, como el que más encontré una receta entre las hojas de un misal que auguraba gran resistencia al hambre, era complicada pero estaba bien descrita en cantidades, porciones y destilación y lo tenía todo, esa fue mi señal. En secreto y de noche comencé a preparar mi poción, su olor era particular y algo desagradable, pero no tanto para no ser tolerable, finalmente la tuve lista y la bebí, al día siguiente tenía. Insisto mis conocimientos de tanatología no eran los suficientes pero fueron los necesarios para poder preparar mi elixir.

Me vestí junto con el resto de mis compañeros con mis mejores ropas, no monásticas sino las ropas del vulgo ya que sería la última vez que las utilizaría. Fui al jardín y allí quedé tres días y tres noches meditando cuando sentí un gran dolor en el pecho, quedé algo mareado, me senté y

tranquilamente cerré mis ojos, luego, la nada.

Fue todo como un sueño, cuando me encontraron dieron gritos de alarma, anunciaban a gritos mi muerte. Fue conmovedor como vino mi familia al velatorio y como me prepararon con maquillaje por mi palidez y el sumo sacerdote dijo en su discurso.

- Ahora esta con nuestro Dios sol siendo su sacerdote.- y puso un símbolo sagrado en mi pecho dándome la prueba por concluida. Estaba muerto pero era sacerdote

Como dictaba la tradición, antes del entierro me dejaban una noche solo en el salón, allí, en la soledad del rito, me incorpore, tome aquel símbolo que me quemaba y lo arrojé lejos, luego salí por la ventana sin dar vuelta atrás ya que tras mí dejaba mi nombre, mi familia, mis amigos y a mi dios que me dejó morir de forma tan cruel.

Capítulo 2

Segundo Capitulo - Polvos y espejos

Noche, sabía que era de noche por la luna pero veía normalmente a muy buena distancia, más allá de ese límite visual comenzaba lo borroso, no mucho, de todas maneras nunca vi mejor en mi vida. Corrí hacia el barrio de las prostitutas, allí había una que me agradaba por su belleza y gracia al hablar, aunque cabe aclarar que aún conservo mi castidad. ¿Cómo la conocí? Fácil, en mi deambular por los barrios bajos como estudiante a sacerdote fuimos una vez a curar a aquellas que ejercían esa labor y bueno, me hice su amigo. Con sorna me comenzaron a tratar por mi amistad pero a mí me importo muy poco ya que yo sabía quién era yo y cual era mi objetivo. Toque a su puerta y me hizo pasar no sin decirme el comentario.

- Estas muy pálido.
- Tú crees.- Respondí con una sonrisa.
- Además dicen que has muerto.
- Pues no sé qué pasó, solo que probé una poción y me dejo así, necesito que me escondas un tiempo hasta que pueda irme a un lugar seguro.
- ¿Y porque no vuelves a tu casa?- Me pregunto la inocente.
- Porque ellos me quieren enterrar.

El tema no se tocó más y me dirijo a sus polvos de maquillaje y comencé a usarlos desesperado tratando de ocultar mi crecientes ojeras y brillante piel ante la luz, la cadaverina comenzaba a hacer efecto. Esta me tomo de la mano y me ayudo y enseñó, no sin decir.

- Estas frio.
- Tal vez si allá muerto.- Le volví a sonreír y nos reímos un poco.

Notar cosas, pues note varias, ya no tenía hambre, ni sed, ni sueño, ni necesidades físicas de ningún tipo. A las horas note que la descomposición de mi cuerpo se había detenido y fue fácil saberlo ya que pasaba todo el tiempo posible en frente a un gran espejo observándome. De igual manera mi aspecto pasaba por el de alguien muy demacrado, pómulos consumidos, ojos algo hundidos, pero todo ello con la maestría de mi

amiga me enseñó a parecer normal nuevamente.

Así pase los días mientras ella me enseñaba a disfrazar mi aspecto. Cuando ella tenía un cliente yo me escondía en otra habitación y luego salía. De vago no estaría así que comenzó a presentarme como su mayordomo y allí la gente ya dejó de preguntar. Ella preparaba unos polvos para Lord Cheseling que trataban de una droga suave para nobles que además de "hacerlos sentir bien" curaba sus enfermedades respiratorias, la aprendí era sencilla de preparar aunque sus elementos eran caros.

Como todo llega a su final (excepto yo) y arribo el aciago día en que un cliente la golpeo muy feo y yo intervine separándolos con fuerza inusitada. Este se vio muy perturbado y saco una daga y le dije.

- Duerme.- y cayó al piso dormido, tenía que actuar rápido.

Ella estaba lastimada y use mis rezos para curarla y allí ocurrió el horror cuando vi que al tocarla en vez de la apacible energía que solía emanar de mis manos salió una negra conjura que la termino matando consumiendo su aliento de vida, solo la deje caer. Entonces el noble se paró ya que aquel conjuro que hiciera sobre el duraba poco tiempo me clavo en el estómago una daga, yo le tome con las dos manos la cabeza, este me dijo.

- Monstro, ¿que eres?- el que no sangre por aquella herida ni expresara dolor lo alerto.

Conjuro nuevamente aquella magia momificándole el rostro. Tome su dinero, los polvos que podía cargar un caballo y me dirijo a la ciudad donde se hallaba Lord Cheseling.